

CHRIS COLFER

UN
CUENTO DE MAGIA...



muestra

Título original: *A Tale of Magic*

Traducción del inglés de Julián Alejo Sosa

Revisión y adaptación de Débora Martínez Domingo y Gabriela Buch

Ilustraciones de cubierta e interior: Brandon Dorman - © Hachette Book, Inc.

Primera edición: septiembre de 2020

© Christopher Colfer, 2019

© VR Europa, un sello de Editorial Entremares, s.l., 2020

c/ Vergós, 26, 08017 Barcelona - www.vreuropa.es

Todos los derechos reservados.

ISBN: 978-84-122148-6-4 - Depósito legal: B-16.732-2020

Maquetación: José María Díaz de Mendivil - Adaptación de cubierta: Silvia Blanco

Impreso por GraphyCems

Impreso en España / *Printed in Spain*

Este libro se ha impreso en papel procedente de bosques gestionados de forma sostenible y que ha seguido un proceso de fabricación totalmente libre de cloro.

muestra

*A todos los valientes que se atrevieron a
ser ellos mismos cuando nadie los aceptaba.
Soy quien soy gracias a vosotros.*



PRÓLOGO

UNA AUDIENCIA INESPERADA

En los cuatro reinos la magia estaba prohibida, por decirlo de forma sutil. Según la ley, la magia era el peor delito que una persona podía cometer, y para la sociedad no había nada más despreciable. En casi todas partes, el simple hecho de estar relacionado con una bruja o un brujo convictos, era una ofensa que se castigaba con la muerte.

En el Reino del Norte, los infractores y sus familias eran juzgados y rápidamente quemados en la hoguera. En el Reino del Este se requerían muy pocas pruebas para sentenciar a la horca al acusado y a sus seres queridos. Y en el Reino del Oeste, las supuestas brujas o los presuntos brujos eran ahogados sin derecho a juicio.

Las ejecuciones rara vez las llevaban a cabo los cuerpos de seguridad o los oficiales del reino, sino que, por lo general, los castigos los aplicaban grupos de ciudadanos furiosos que se tomaban la justicia por su mano. Aunque los soberanos de los reinos no promovían esas brutales prácticas, las toleraban completamente. Es más: los monarcas estaban encantados con que la gente tuviera un objetivo en el que descargar su ira que no fuera el gobierno. Por eso veían con buenos ojos tal distracción e incluso la promovían durante los tiempos de inestabilidad política.

—Quien elige el camino de la magia elige el camino hacia la condena —anunció el rey Nobleton del Norte, cuya negligencia estaba causando la peor hambruna en la historia del reino.

—No debemos mostrar empatía hacia personas con unas prioridades tan abominables —añadió la reina Endustria del Este poco antes de subir los impuestos para financiar su palacio de verano.

—La magia es un insulto a Dios y a la naturaleza y un peligro para la moral —resaltó el rey Belicton del Este, cuyas declaraciones, por suerte para él, distrajeron a la gente de los rumores que corrían sobre los ocho hijos ilegítimos que había tenido, cada uno con una amante distinta.

Cuando una bruja o un brujo eran descubiertos, era casi imposible que escaparan de la persecución. Muchos huían hacia el denso y peligroso bosque que crecía entre las fronteras de los reinos y que se conocía como el Entrebosque. Por desgracia, esa zona era el hogar de duendes, elfos, goblins, trols, ogros y todas las especies que los humanos habían desterrado a lo largo de los siglos, y las brujas y los brujos que buscaban refugio entre sus árboles solían encontrar una muerte rápida y violenta a manos de alguna de esas bárbaras criaturas.

La única compasión, si podía considerarse como tal, que brujas y brujos podían encontrar estaba en el Reino del Sur.

En cuanto el rey Campeón XIV heredó el trono de su padre, el fallecido rey Campeón XIII, dictó su primer decreto real: la abolición de la pena de muerte para todos los practicantes de magia condenados. En su lugar, los delincuentes serían sentenciados a pasar el resto de su vida en prisión realizando trabajos forzados, y se les recordaría cada día lo afortunados que debían sentirse. Ahora bien, es importante mencionar que el rey no enmendó la ley por pura bondad, sino con el objetivo de sentirse en paz con un recuerdo traumático.

Cuando Campeón era niño, su madre fue decapitada por mostrar un «interés sospechoso» por la magia. Fue el propio Campeón XIII quien la denunció, por eso a nadie se le ocurrió cuestionar la acusación o demostrar la inocencia de la reina, aunque los motivos del rey sí fueron cuestionados el día siguiente a la ejecución de su esposa, cuando se casó con una mujer más joven y guapa. Tras la prematura muerte de su madre, Campeón XIV no pudo dejar de contar los días hasta que logró vengar aquella muerte destruyendo el legado de su padre. Y en cuanto la corona fue colocada sobre su cabeza, dedicó gran parte de su reinado a borrar a Campeón XIII de la historia del Reino del Sur.

Ya en la vejez, Campeón XIV pasaba la mayor parte del tiempo haciendo lo mínimo posible. Redujo sus decretos a quejas y gestos de exasperación, y en lugar de hacer visitas reales, saludaba a las multitudes con pereza desde la seguridad de un carruaje en movimiento. Y lo más parecido a un discurso que dio en los últimos tiempos fueron las protestas acerca de que los pasillos del castillo eran «demasiado largos» y los escalones «demasiado altos».

Campeón XIV convirtió evitar a la gente en un pasatiempo, sobre todo con respecto a su engréida familia. Comía solo, se acostaba temprano, dormía hasta tarde y le encantaba echarse largas siestas (y que Dios tuviera piedad de la pobre alma que lo despertara antes de hora).

Sin embargo, hubo una tarde en que el rey se despertó temprano, y no por el descuido de uno de sus nietos o por la torpeza de una de las criadas, sino por un cambio repentino en el tiempo. Campeón XIV se despertó asustado por la lluvia torrencial que azotaba las ventanas de su habitación y por los fuertes vientos sibilantes que resoplaban por la chimenea. Cuando se había acostado, el día era soleado, no había rastro de nubes, por lo que la tormenta cogió por sorpresa al soberano, todavía adormilado.

—¡Me he despertado! —anunció Campeón XIV.

Luego esperó a que el sirviente que estuviera más cerca se presentara a toda prisa en su estancia y lo ayudara a bajar de su enorme cama. Sin embargo, nadie respondió a su llamada.

El rey se aclaró la garganta con una agresividad intencionada.

—¡He dicho que me he despertado! —gritó de nuevo, pero sin recibir respuesta tampoco esta vez.

Al soberano le crujieron las articulaciones mientras se bajaba de la cama a regañadientes y musitaba una retahíla de insultos al tiempo que avanzaba afanosamente por el suelo de piedra en busca de la capa y las pantuflas. Cuando estuvo vestido, abrió de un golpe la puerta de su estancia con la intención de descargar su enfado en el primer sirviente con el que se cruzara.

—¿Por qué nadie ha respondido a mi llamada? ¿Qué podría ser más importante que...?

Campeón XIV se quedó en silencio y miró a su alrededor con incredulidad. El salón anejo a su estancia, por lo general repleto de criadas y mayordomos, estaba completamente vacío. Incluso los soldados que hacían guardia en la puerta día y noche habían abandonado sus puestos.

El rey se asomó al pasillo que salía del otro extremo del salón, pero no vio a nadie: estaba igual de vacío. No solo no había sirvientes ni soldados, sino que tampoco había luz. Todos los can-

delabros y las antorchas que colgaban de las paredes estaban apagados.

—¿Hola? —dijo Campeón adentrándose por el pasillo—. ¿Hay alguien? —añadió en vano, pues lo único que oyó fue el eco de su voz.

El rey avanzó con cautela por el castillo en busca de alguien, pero únicamente encontró más y más oscuridad en cada rincón. Aquello le parecía increíblemente perturbador: residía allí desde que era niño, y nunca lo había visto tan desposeído de vida. Miró por cada una de las ventanas junto a las que pasaba, pero la lluvia y la niebla le impedían ver el exterior.

Por fin, cuando dobló la esquina de un pasillo largo, el rey vio una luz parpadeante en su despacho. La puerta estaba abierta y alguien parecía estar disfrutando del calor de la chimenea. Le habría parecido una imagen muy tentadora, de no ser por las circunstancias tan inquietantes en las que se encontraba. Con cada paso que daba, el corazón le latía con mayor rapidez. Cuando se asomó por la puerta para ver quién o qué lo estaba esperando, el nerviosismo ya se había apoderado de él.

—¡Ah, mirad! ¡El rey se ha despertado!

—Al fin.

—Bueno, bueno, niñas. Debemos mostrarnos respetuosas con Su Majestad.

Dos niñas y una mujer muy guapa estaban sentadas en el sofá de su estudio. Cuando Campeón XIV entró, se pusieron en pie y le hicieron una reverencia.

—Su Majestad, es un honor conocerlo —dijo la mujer.

Llevaba un vestido violeta muy elegante que combinaba con sus inmensos ojos brillantes, y era curioso pero solo llevaba un guante, en el brazo izquierdo. Por detrás de la cabeza, el pelo, oscuro, estaba recogido en un tocado elaborado con todo tipo de flores y plumas, y, por delante, un velo corto le cubría el rostro.

Las niñas no parecían tener más de diez años y llevaban unas túnicas blancas y lisas, y un turbante en la cabeza.

—¿Quién demonios son ustedes? —preguntó el rey.

—Sí, discúlpeme —dijo la mujer—. Yo soy madame Weatherberry, y ellas mis aprendices, la señorita Tangerina Turkin y la señorita Cielene Lavenders. Espero que no le importe que nos hayamos acomodado en su despacho. Venimos desde muy lejos y no hemos podido resistirnos a disfrutar de un agradable fuego mientras lo esperábamos.

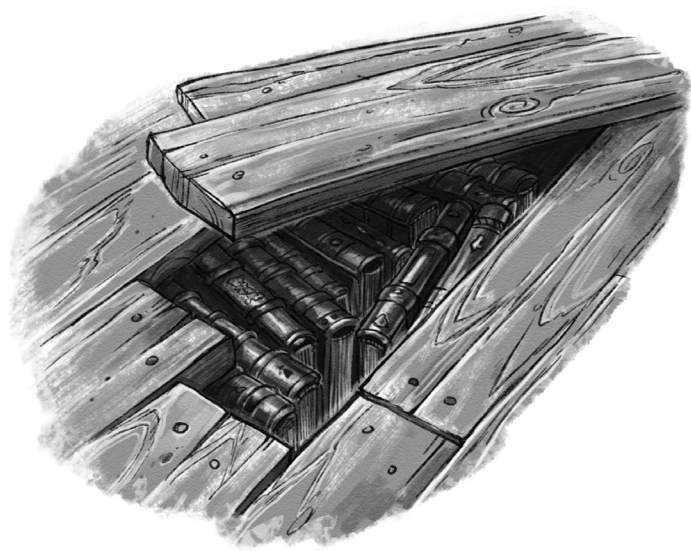
Madame Weatherberry parecía una mujer muy cercana y carismática. Y era la última persona a la que el rey esperaba ver en su castillo, ahora abandonado, así que, en muchos sentidos, aquella mujer y la situación le resultaron mucho más extrañas. Madame Weatherberry extendió el brazo derecho para estrecharle la mano a Campeón XIV, pero él rechazó el gesto amistoso. Se limitó a mirar de arriba abajo a sus inesperadas huéspedes y a dar un paso atrás.

Las niñas rieron entre dientes y miraron a su vez a aquel rey paranoico, como si estuvieran viendo su alma y la encontraran graciosa.

—¡Este es un aposento privado de la residencia real! —las reprendió Campeón—. ¡¿Cómo se atreven a entrar aquí sin permiso?! ¡Podría hacer que las azotaran por esto!

—Por favor, disculpe nuestra intromisión —dijo madame Weatherberry—. No es algo que solamos hacer, entrar sin permiso en casa de alguien, pero me temo que no hemos tenido otra opción. Verá, llevo mucho tiempo escribiéndole a su secretario, el señor Fellows. Esperaba poder concertar una audiencia con usted, pero, por desgracia, el señor Fellows nunca respondió ninguna de mis cartas; es bastante ineficaz, si me permite decírselo. Tal vez sea hora de sustituirlo, ¿no le parece? En todo caso, hay un asunto muy urgente que me gustaría tratar con usted, por eso estamos aquí.





1

LIBROS Y DESAYUNOS

Todos los monjes que vivían en la capital del Reino del Sur eran duros de oído, y el porqué no era un misterio. Cada amanecer, durante diez minutos seguidos, la ciudad de Colinas Carruaje se inundaba del sonido ininterrumpido y estridente de las campanas de la catedral. Como los terremotos, el sonido metálico hacía retumbar la Plaza Mayor, al igual que las calles de la ciudad y las aldeas aledañas. Los monjes las hacían doblar de manera frenética e irregular para asegurarse de que todos los habitantes se despertaran y participaran del día del Señor y, una vez que habían puesto en pie a los pecadores, volvían a la cama.

Sin embargo, las campanadas de la catedral no afectaban a todos. Los monjes se habrían puesto furiosos de haberse enterado de que una joven de la campiña se las arreglaba para dormir a pesar de aquel estruendo odioso.

Brystal Evergreen tenía catorce años y esa mañana se despertó como cada día: por los golpes que alguien daba en la puerta de su habitación.

—Brystal, ¿estás despierta? ¿Brystal?

Sus ojos azules se abrieron a la séptima u octava vez que su madre llamó a la puerta. No tenía el sueño muy pesado, pero las mañanas le resultaban todo un desafío, pues, por lo general, estaba exhausta tras haberse quedado despierta hasta muy tarde la noche anterior.

—¿Brystal? ¡Respóndeme, niña!

La joven se sentó en la cama mientras las campanas de la catedral repicaban a lo lejos por última vez. Sobre su barriga encontró un ejemplar abierto de *Las aventuras de Tidbit Twitch*, de Tomfree Taylor, y en la punta de su nariz, un par de gafas. De nuevo, Brystal se había quedado dormida leyendo, y ocultó las pruebas rápidamente, antes de que la descubrieran. Escondió el libro debajo de la almohada, se guardó las gafas de lectura en un bolsillo del camisón y apagó la vela que se había quedado encendida encima de la mesita.

—¡Jovencita, pasan diez minutos de las seis! ¡Voy a entrar!

La señora Evergreen empujó la puerta y entró con todas sus fuerzas en la habitación de su hija como un toro que acaba de ser liberado de su encierro. Era una mujer delgada con el rostro pálido y ojeras oscuras. Llevaba el pelo recogido en un moño alto y firme que, al igual que las riendas de un caballo, la mantenía alerta y motivada mientras hacía las tareas del hogar.

—Entonces sí que estás despierta... —dijo, levantando una ceja—. ¿Es mucho pedir que me contestes?

—Buenos días, mamá —saludó Brystal en tono alegre—. Espero que hayas dormido bien.

—No tan bien como tú, por lo que parece... —volvió a lanzar la señora Evergreen—. Sinceramente, niña, no sé cómo lo haces para dormir con estas campanas horribles todas las mañanas... Suenan tan fuerte que podrían resucitar a los muertos.

—Cuestión de suerte, supongo —dijo, bostezando con muchas ganas.

La señora Evergreen colocó un vestido blanco a los pies de la cama y le lanzó a su hija una mirada desdenosa.

—Has vuelto a dejarte el uniforme en el tendedero —dijo—. ¿Cuántas veces debo recordarte que lo recojas tú misma? Apenas puedo encargarme de la ropa de tu padre y tus hermanos, no tengo tiempo para lavar lo tuyo.

—Lo siento, mamá —se disculpó Brystal—. Iba a hacerlo anoche después de lavar los platos, pero ya veo que se me olvidó.

—¡No puedes seguir siendo tan despistada!... Andar soñando despierta es la última cualidad que los hombres buscan en una esposa —le advirtió su madre—. Ahora, date prisa y cámbiate, así me ayudas a preparar el desayuno. Hoy es un gran día para tu hermano, y le haremos su comida favorita.

La señora Evergreen avanzó hacia la puerta, pero se detuvo cuando percibió un olor extraño en el aire.

—¿Eso es humo? —preguntó.

—Acabo de apagar una vela —explicó Brystal.

—¿Y por qué tenías una vela encendida tan temprano? —quiso saber la señora Evergreen.

—La..., me la dejé encendida anoche sin querer —confesó.

La señora Evergreen se cruzó de brazos y miró a su hija.

—Brystal, será mejor que no estés haciendo lo que creo que estás haciendo —le advirtió—. Porque me preocupa la reacción de tu padre si descubre que vuelves a leer.

—¡No, lo juro! —mintió Brystal—. Es que me gusta dormir-me con la luz de la vela. A veces me asusta la oscuridad.

Por desgracia, a Brystal se le daba terriblemente mal mentir. La señora Evergreen veía a través del engaño de su hija como a través una ventana que acabara de limpiar.

—El mundo es un lugar oscuro, Brystal —dijo—. Eres tonta si crees lo contrario. Venga, dámelo.

—Pero ¡mamá, por favor! ¡Me faltan muy pocas páginas para terminarlo!

—¡Brystal, no te lo estoy preguntando! —gritó la señora Evergreen—. ¡Estás rompiendo las reglas de esta casa y las leyes del reino! ¡Venga, dámelo ahora mismo o iré a buscar a tu padre!

Brystal suspiró y le entregó el ejemplar de *Las aventuras de Tidbit Twitch* que había escondido debajo de la almohada.

—¿Y el resto? —preguntó la señora Evergreen con la palma abierta.

—Este es el único que tengo...

—¡Jovencita, no voy a tolerar que sigas mintiéndome! Los libros en tu habitación son como los ratones en el jardín, siempre hay más de uno. Ahora, dame los otros o iré a buscar a tu padre.

Los hombros de Brystal se hundieron al igual que sus esperanzas. Se levantó de la cama y guió a su madre hasta un rincón donde había una tabla suelta bajo la cual guardaba su colección de libros. La señora Evergreen casi se quedó sin respiración cuando su hija le descubrió todos los libros que tenía. Había títulos de historia, religión, leyes y economía, así como obras de ficción: aventura, misterio y romance. A juzgar por las gastadas cubiertas y páginas, Brystal los había leído muchas veces.

—Ay, Brystal —dijo la señora Evergreen con pesadez en el corazón—, entre todo lo que podría interesar a una muchacha de tu edad, ¿por qué has tenido que elegir los libros?